

LA TIRANÍA DE LO «ECONÓMICAMENTE CORRECTO»¹

Ibrahim Warde²

Hace un cuarto de siglo, Albert Hirschman había constatado la tendencia de lo económico a «colonizar» lo político, pues, escribía, «así como la economía sufre del complejo de las ciencias físicas, el practicante de la ciencia política se muestra celoso de la 'caja de herramientas' de la cual dispone el economista»³. Esta colonización ha continuado tomando una amplitud considerable, y se manifiesta en la conducción de los asuntos de un número creciente de países. Es paradójico, sin embargo, que aquellos expertos que se han equivocado en todas las cosas gocen de una considerable autonomía de acción, y que un pensamiento cada vez más dogmático extienda permanentemente su campo de aplicación. Como en teología, se permite el desacuerdo sobre los detalles esotéricos, incluso se estimula, pues así se da la impresión de un debate vigoroso que hace avanzar el estado de los conocimientos; pero en lo esencial el debate está circunscrito a lo que es «económicamente correcto»⁴.

Para el profesor Chalmer Johnson, uno de los raros combatientes contra este «monoteísmo», los comienzos del economismo moderno se remontan a la Guerra Fría. La quiebra del modelo soviético, apresuradamente interpretada como el signo del «fin de la historia», extendió la evangelización: «expertos» ahítos de teoría «aplican un programa de reforma, ideológico y rígido, fundamentado en manuales de economía que no tienen otro fin sino justificar el capitalismo de tipo angloamericano, en países de los cuales no conocen ni la lengua, ni la cultura, ni la historia»⁵.

La tiranía de lo «económicamente correcto» no puede comprenderse sin referirse al sistema universitario en donde, a pesar de la apariencia de un cierto pluralismo, cada disciplina está en general «dominada por un centro monolítico, en cuya cúpula se halla cerca de una docena de departamentos prestigiosos, cuyos profesores, por su notoriedad y por intermedio de las fundaciones, de las revistas

¹ Tomado de *Le Monde Diplomatique*, París, mayo de 1995.

² Ibrahim Warde es profesor de Economía en la Universidad de California en Berkeley.

Este artículo ha sido traducido por José Arturo Gutiérrez, profesor, Facultad de Ciencias Económicas, Universidad Nacional de Colombia.

³ Albert O. Hirschman, *Exits, Voices and Loyalty: Responses to the Decline in Firms, Organisations and States*, Harvard University Press, 1970, p. 19.

⁴ Alice Amdem, «From P.C. to E.C.», *The New York Times*, 12 de enero, 1993.

⁵ Chalmers Johnson, «Hurleyism Swamps Foggy Bottom», *The Los Angeles Times*, 3 de febrero, 1994.

especializadas y de las publicaciones universitarias, controlan el debate y la trayectoria profesional de los miembros de la disciplina; este universo incestuoso considera el mundo exterior como incompetente y poco científico»⁶. En particular, como lo destaca John Kenneth Galbraith, los departamentos de economía poseen una «estructura de casta»: encima, la teoría pura; en lo más bajo la economía aplicada⁷. Para ser considerado como brillante, hay que aparecer como abstracto, construir modelos, hacer malabares con las cifras. En una obra intitulada *Por qué la economía no es aún una ciencia*, Alfred Eichner destaca sin embargo que «las matemáticas se convierten en fachada de un sistema teórico que no responde a ninguna de las pruebas empíricas que permitan establecer la diferencia entre ciencia y superstición o ideología grosera»⁸. Pero, como antaño el latín, la lengua obligatoria del discurso autorizado, las matemáticas son ahora necesarias para sentar la autoridad de los nuevos clérigos. Cifras, ecuaciones y gráficos se convierten en los signos exteriores de un pensamiento indigente.

Así, cuando el presidente Clinton nombró a Laura Tyson como jefe de consejeros económicos de la Casa Blanca, estalló el grito indignado en el seno de la profesión. Paul Krugman, profesor del Instituto de Tecnología de Massachusetts, MIT (y quien codiciaba el puesto), se inquietó por la insuficiencia de los conocimientos matemáticos de la señora Tyson y se lamentó de que el presidente no hubiera respetado el «orden de prelación» del gremio⁹. En efecto, el principal reproche hecho a la señora Tyson era, según la fórmula del periodista Robert Kuttner, el de «haber preferido expresarse en inglés más bien que en álgebra y de estudiar la economía real en lugar de construir castillos de arena»¹⁰.

Krugman explica que la jerarquía en el seno de la profesión es conocida: el Premio Nobel impulsa a los de más edad a la cumbre de la pirámide, y la consagración de la medalla John Bates (una especie de Nobel aficionado otorgado cada año a los economistas de menos de cuarenta años) les permite entrar a la orden a los más jóvenes. Los tres recientes galardonados, -Jeffrey Sachs, Lawrence Summers y el propio Krugman- forman los grupos de choque para la defensa del dogma, pasando en un tiempo récord

del papel de Trissotin (presuntuoso personaje de Molière) al de Savonarola.

Jeffrey Sachs, profesor de Harvard, se desplaza por todos los continentes, manejando la zanahoria y el garrote para imponer su «terapia de choque». De Bolivia a Polonia, de Mongolia a Rusia, la prescripción es idéntica. El buen doctor explica: «La obra de mi vida consiste en ayudar a los países en situación desesperada a salir de sus crisis económicas. Soy un economista matemático de formación técnica, y lo que yo hago se basa en la historia económica. No soy un simple predicador»¹¹.

Lawrence Summers, por su parte, se volvió célebre hace algunos años. Como economista en jefe del Banco Mundial, juzgó, con fundamento en una lógica implacable, que «el Tercer Mundo estaba subcontaminado». Hoy, encargado de las relaciones económicas exteriores del Departamento del Tesoro [norteamericano], había partido como gran favorito para la presidencia del Banco Mundial. Pero la reciente crisis mexicana (que se le reprocha no haber previsto) lo descartó.

En cuanto a Krugman, mereció su reputación de niño prodigio «demostrando» matemáticamente que las firmas aeronáuticas aumentan su participación en el mercado cuando sus gobiernos las apuntalan. Desde entonces, se pronuncia sobre todos los temas -una trivialidad acá, un despropósito allá-, y la prensa le ha acomodado invariablemente y sin ironía el mote de «iconoclasta». Uno de sus más recientes análisis «demuestra» que el éxito de Singapur es idéntico al de la URSS de Stalin: en los dos casos se trata de un fenómeno de «movilización de los recursos»¹².

En este universo de lo «económicamente correcto», quienquiera que se aleje del campo de las opiniones aceptables -en materia de libre comercio, de política monetaria, de ortodoxia macroeconómica, incluso de política social- debe soportar los rayos lanzados por los nuevos «comisarios ideológicos».

Por ejemplo, Jagdish N. Bhagwati, profesor de economía internacional de la Universidad de Columbia en Nueva York, se desenfrena contra los que debaten el dogma neorcardiano. Si las «tonterías» proferidas por los no economistas sobre el tema son

⁶ Andrew Janos, *Politics and Paradigms*, Stanford University Press, 1986, p. 69.

⁷ John Kenneth Galbraith, *The New Industrial State*, Houghton-Mifflin, 3a. edición, 1978, p. 113.

⁸ Alfred Eichner, *Why Economics is not yet a Science*, M.E. Sharpe, 1983, p. 231.

⁹ *The New York Times*, 3 de enero, 1993.

¹⁰ *The Washington Post*, 7 de enero, 1993.

¹¹ Citado por Alfred Malabre, *Lost Prophets: an Insider's History of Modern Economists*, Harvard Business School Press, 1994, p. 229.

¹² Paul Krugman, «The Myth of Asia's Miracle», *Foreign Affairs*, noviembre-diciembre, 1994.

excusables, dice él, los economistas disidentes -que él califica de «idiotas» y «peligrosos», de «incompetentes» e «irresponsables»- «merecen el desprecio». Deplora, además, que estos últimos no puedan ser excluidos de la profesión¹³. El economismo tiene vocación de ubicuidad e invade las ciencias sociales, las humanidades, e incluso el derecho. Gary Becker, laureado con el Nobel de 1992, cuyos trabajos aplican los principios económicos a temas tan diversos como el alcoholismo, el suicidio, el trabajo, el tiempo, la familia, etc., fue recompensado «por haber extendido el campo de la teoría económica a los aspectos del comportamiento humano hasta ahora no tomados en cuenta por las otras ciencias humanas». Y como lo había predicho Albert Hirschman, los especialistas de las otras disciplinas académicas se unieron al invasor.

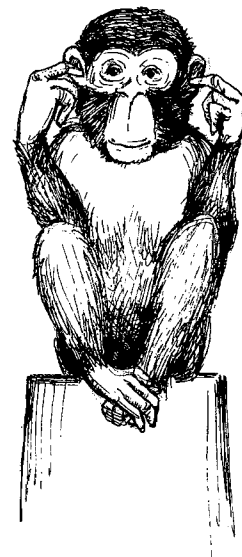
Considerar al Elector como un Consumidor

En ciencias políticas, las teorías que hacen furor son las de la «elección racional» y de la «escogencia pública», que consideran al elector como un consumidor y al político como un empresario. Esto presenta la doble ventaja de tomar prestada la «caja de herramientas» del economista (y por tanto, acercarse a la «ciencia pura») y de aportar una muy cómoda certificación de experto a ciertas escogencias políticas. Así, el profesor Theodore Lowi anota que «si la teoría de la escogencia pública no existiera, las administraciones republicanas de los años 80 la habrían inventado»¹⁴. Pues si las nociones de esfera pública y de interés general llevan a engaño, el Estado debe reducirse a su más simple expresión. Incluso en el campo jurídico, los avances del análisis económico son considerables. Poco conocido del amplio público, Victor Posner, antiguo profesor de derecho de la Universidad de Chicago y hoy juez federal (nombrado por el presidente Reagan), es sin embargo la persona más citada a la vez en las revistas económicas y en las revistas jurídicas especializadas. Fundador del movimiento «Derecho y economía», cuyos seminarios han tomado más de la mitad de los jueces de los Estados Unidos, él explica: «me parece execrable la palabra 'justicia', que no quiere decir nada»¹⁵. En su obra sobre el análisis económico del derecho,

verdadera biblia del movimiento, invita a los juristas a aplicar la economía a las cuestiones jurídicas, precisamente para evitar la «tiranía del derecho»¹⁶.

Incluso más que en los países del Norte, el economismo gana terreno en el Sur y en el Este. Ya en el Chile de los años 70, los «Chicago Boys» habían suministrado remedios para caballo a un conejillo de Indias que -con ayuda de los métodos del general Pinochet- se mostraba completamente dócil. Después, con la crisis de la deuda y la quiebra del comunismo, el economismo reina como amo, tanto en el Sur como en el Este. En el momento en que la ayuda de las organizaciones internacionales está condicionada por programas de austeridad autenticados por los expertos, estos últimos reclutan élites a su imagen y semejanza¹⁷.

Así, la «Cumbre de las Américas» realizada en Miami en diciembre último (en el curso de la cual treinta y tres jefes de Estado decidieron crear una vasta zona de libre comercio regional antes del año 2010) tenía el aspecto de reunión de antiguos alumnos de los departamentos de economía de las grandes universidades norteamericanas. En México, el presidente Carlos Salinas (doctor en ciencias económicas de la Universidad de Harvard), arquitecto de las grandes reformas ultraliberales, era aclamado por los guardianes del dogma y terminó su reinado en santidad. Para recompensarlo, Estados Unidos lo tenían como su candidato a la presidencia de la nueva Organización Mundial de Comercio; la compañía Dow Jones (que publica el Wall Street Journal) lo eligió para su consejo de administración. Diez y siete días más tarde, su sucesor Ernesto Zedillo (doctor en ciencias económicas de la Universidad de Yale), se debatía en la peor crisis que el país haya conocido jamás, mientras que su predecesor (cuyas reformas soy hoy día juzgadas como «muy insuficientes») se hallaba en la desgracia y el exilio. ○



¹³ *The Economist*, 3 de marzo, 1990.

¹⁴ Theodore J. Lowi, «The State of Political Science: How We Became What We Study», *American Political Science Review*, marzo, 1992.

¹⁵ Citado por Sidney Blumenthal, *The Rise of the Counter Establishment*, Times Books, 1986.

¹⁶ Richard Posner, *Economic Analysis of the Law*, Little and Brown, 1977.

¹⁷ Ibrahim Warde, «Les Faiseurs de Révolution Libérale», *Le Monde Diplomatique*, mayo de 1992.